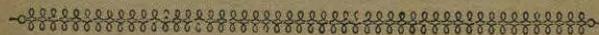


filosofía; pero estas dificultades nada prueban contra la expresada diferencia. Nadie niega la existencia de un edificio, aunque no se pueda descubrir hasta dónde llegan sus cimientos; la misma profundidad es un indicio de su solidez, una garantía de su duración. La diferencia entre el bien y el mal demostrada *a priori* por los sentimientos más íntimos del corazón humano, se puede evidenciar con solo atender á los resultados que produce su existencia ó no existencia. Admitamos el orden moral é imaginemos que todos los hombres arreglan su conducta conforme á esta *preocupacion*. ¿Cuál es el resultado? el mundo se convierte en un paraíso; los hombres viven como hermanos, usan con templanza de los dones de la naturaleza, comparten su dicha, se ayudan en su desgracia; en el individuo, en la familia, en la sociedad, reina la armonía más encantadora; si el orden moral es una preocupación, necesario es confesar que jamás la hubo de consecuencias más grandes, más saludables, más bellas; si la virtud es una mentira, jamás la hubo más útil, más hermosa, más sublime.

203. Hagamos la contraprueba. Supongamos que la *preocupacion* desaparece, y que todos los hombres se convencen de que el orden moral es una vana ilusión y que es preciso desterrarla del entendimiento, de la voluntad y de las obras; ¿cuál será el resultado? Destruído el orden moral quedará solo el físico; cada cual pensará y obrará según sus cálculos, pasiones ó caprichos; no habrá más guía para los hombres que el ciego instinto de la naturaleza, ó las frías especulaciones del egoísmo; el individuo se convertirá en un monstruo, la familia verá rotos todos sus lazos; y sumida la sociedad en un caos espantoso, caminará rápidamente á su total aniquilamiento. Estas son las consecuencias necesarias del

destierro de la *preocupacion*. El lenguaje mismo quedaría horriblemente mutilado si desapareciesen las ideas del orden moral: una conducta buena ó mala serían palabras sin sentido; la alabanza y el vituperio carecerían de objeto; la misma vanidad perdería gran parte de su pábulo; la lisonja debería limitarse á las prendas naturales consideradas en el orden puramente físico: la palabra mérito, no podría pronunciarse sin caer en el absurdo.

204. Véase pues si hay dificultad de ninguna clase que pueda hacer admisibles tamañas consecuencias: quien, arretrado por las sombras que se descubren al examinar los primeros principios de la moral, se empeñase en negarla, sería tan insensato como el labrador que á la vista de un caudaloso río que fertiliza sus campiñas, se obstinase en afirmar que no existen las aguas fertilizadoras, fundado en la razón de que algunos despeñaderos inaccesibles le impiden acercarse al benéfico manantial.



## CAPÍTULO XIX

### EXÁMEN DE ALGUNAS EXPLICACIONES DE LA MORALIDAD.

205. Se ha disputado mucho sobre el origen y carácter de la moralidad de las acciones, sucediendo en esta materia lo mismo que en todas las demás: el entendimiento del hombre vacila y se confunde, siempre que trata de penetrar en los primeros principios de las cosas. Como no me propongo escribir un tratado de moral, y si únicamente, analizar los fundamentos de esta ciencia, me limitaré á caracterizar en cuanto me sea posible las ideas y sentimientos primordiales del orden moral, sin descender á

sus aplicaciones. Para esto, procederé como acostumbrado, por el método analítico, descomponiendo el hecho consignado en el capítulo anterior, recorriendo varias exposiciones del mismo, y señalando la insuficiencia y la inexactitud de alguna de ellas, antes de llegar á la única que me parece verdadera y cumplida.

206. ¿Qué es bien? ¿qué es mal? las cosas que son buenas ó malas ¿por qué lo son? ¿en qué consiste su bondad ó malicia? ¿cuál es el origen de estas propiedades?

Se dice que es bueno lo que es conforme á la razon, lo que se hace con arreglo á la ley eterna, lo que es agradable á Dios; y malo lo que se opone á la razon, lo que contradice á la ley eterna, lo que es desagradable á Dios. Esto es verdad; pero ¿resuelve cumplidamente la cuestion en el terreno científico?

El valor moral del dictámen de la razon depende de su conformidad con la ley eterna; cuando pues para fundar el orden moral se echa mano de la primera, se habla de una participacion de la segunda; luego no se tienen con esto dos resoluciones de la cuestion, sino una sola.

Los actos no pueden ser agradables ó desagradables á Dios, sino en cuanto son conformes á la ley eterna; luego el juzgar de la bondad ó malicia de los actos por su relacion al agrado ó desagrado de Dios, es juzgarlos por su conformidad á la ley eterna.

Infiérese de lo dicho que acto conforme á razon, acorde con la ley eterna, ó agradable á Dios, aunque expresen diversos aspectos de una idea, no significan nada diferente, en cuanto se trata de explicar los cimientos del orden moral.

207. Las prescripciones de la ley eterna no dependen de la libre voluntad de Dios; pues en tal caso

se seguiria que Dios podria hacer lo bueno malo, y lo malo bueno. La ley eterna no puede ser otra cosa que la razon eterna, ó bien la representacion del orden moral en el entendimiento divino. En tal caso, la moralidad parece, segun nuestro modo de concebir, que precede á su representacion; esto es, que la moralidad está representada en el entendimiento divino, porque ella es; pero no es, porque esté representada. En el orden moral llegamos á un caso semejante al de las esencias metafísicas y geométricas. Las verdades geométricas, por ejemplo, son eternas en cuanto están representadas en la razon eterna; y esta representacion supone una verdad intrínseca en ellas mismas, y absolutamente necesaria, pues que de otro modo la representacion podria ser falsa. Mas, como quiera que dicha verdad ha de tener algun fundamento eterno (Lib. IV, cap. XXIV, XXV, XXVI y XXVII), y este no se halla en los seres finitos, se le ha de buscar en el ser infinito por esencia, donde está la razon de todo. Su entendimiento representa la verdad, y por tanto es verdadero; pero esta misma verdad se funda en la esencia del mismo ser infinito que la conoce.

208. Las verdades morales no se distinguen en este punto de las metafísicas; su origen está en Dios, la moral no puede ser atea. ¿Por qué se representan en Dios unas cosas como buenas y otras como malas? buscar la razon de esto equivale á preguntar por qué los triángulos no se representan circulares, y los círculos triangulares. Si hay una necesidad intrínseca, ó no podremos señalar la razon de ella, ó de todos modos debemos llegar á una razon que no puede explicarse por otra razon. Siempre será preciso pararnos en un punto donde digamos: es así; y nada más. La ulterior satisfaccion que en tal caso pudiéramos desear, nos es imposible alcan-

zarla, en no viendo intuitivamente la esencia infinita donde se halla la primera y la última razón de todo.

209. Para estar representadas las cosas como buenas ó malas, y aun para concebirlas representadas como tales, es necesario que se les suponga bondad ó malicia.

¿Qué es ser una cosa buena? si decimos que es el ser representada como buena en el entendimiento divino, hacemos entrar en la definición la misma cosa definida: siempre queda la dificultad: ¿qué significa ser representada como buena?

La bondad no puede consistir en la simple representación, de suerte que sea bueno todo lo que está representado en Dios, porque entonces se seguiría que todo es bueno porque todo está representado en Dios.

Luego para que una cosa sea buena, no solo debe ser representada, sino representada bajo tal ó cual carácter, que la constituya buena; en cuyo caso, hallamos aun en pie toda la dificultad: ¿cuál es este carácter?

210. Aclaremos las ideas comparando una verdad metafísica con una verdad moral. Todos los diámetros de un mismo círculo son iguales; esta verdad no depende de ningún círculo particular, se funda en la misma esencia del círculo; y esta á su vez, con todas sus propiedades y relaciones, se halla representada desde toda la eternidad en la esencia infinita, donde con la plenitud del ser, hay la representación y el conocimiento de todas las participaciones finitas en que se pueden ejercer la sabiduría y la omnipotencia infinita. Todas las participaciones están sujetas al principio de contradicción; en ninguna de ellas se puede verificar que el ser deje de excluir al no ser y recíprocamente; de aquí dimana la necesidad

de todas las propiedades y relaciones, sin las cuales no subsiste el principio de contradicción: entre ellas se cuenta la igualdad de todos los diámetros del mismo círculo.

211. Estas consideraciones sugieren la cuestión: ¿es posible explicar el orden moral del mismo modo que el metafísico y el matemático, manifestándole contenido en el principio de contradicción?

212. Es fácil de notar que en todas las verdades metafísicas y matemáticas se expresa ó se niega la identidad. A es B, ó A no es B; á esto se reducen todas las proposiciones posibles; esta es la fórmula general de todas las verdades de un orden absoluto. De otra manera sucede en el orden moral, donde nunca se expresa nada absolutamente, como lo indica la misma forma de las proposiciones morales. Dios es bueno. Aquí se expresa una verdad metafísica. Dios *debe ser* amado, ó en otros términos: *se ha* de amar á Dios. Aquí se expresa una verdad moral. Nótese la diferencia: en un caso se dice *es*, absolutamente; en el otro, *debe ser*, *se ha*, *hay obligación de*, empleándose diferentes expresiones que todas significan una misma cosa; pero en todas ellas ha desaparecido el *ser*, como afirmación absoluta. Al parecer ninguna proposición moral puede expresarse de esta manera, atendiendo á los elementos primitivos de nuestras ideas morales, porque en todas estas proposiciones se implica la idea del deber, que es esencialmente una idea relativa.

213. El amar á Dios es bueno. Esta es una proposición moral cuya estructura parece contradecir lo que acabo de establecer. Aquí se encuentra una afirmación absoluta expresada simplemente por *es*, como en las proposiciones metafísicas ó matemáticas. No obstante, por poco que se reflexione, se echará de ver que este carácter absoluto desaparece, si se

atiende á la naturaleza del predicado. ¿ Qué significa *bueno*? hénos aquí con una idea esencialmente relativa, lo cual comunicará este mismo carácter á la proposición que se presentaba como absoluta. El amar á Dios es bueno, significará : el amar á Dios es una cosa conforme á la razón ó á la ley eterna, ó agradable á Dios, ó una cosa á que estamos obligados; siempre una idea relativa, jamás una idea absoluta como estas otras : ser, no ser, triángulo, círculo, etc., etc.

214. Bueno, dicen algunos, es lo que conduce al fin que corresponde al ser inteligente. Esta explicación no debe confundirse con la teoría del interés privado; teoría rechazada por la religión, por los sentimientos del corazón, y combatida por los pensadores mas profundos; aquí, al hablar de fin se trata de un fin último, superior á lo que suele entenderse por la expresión : interés privado. Sin duda que el llegar al último fin, es un grande interés del ser inteligente; pero al menos este interés se toma en un sentido grandioso, que no alienta el desarrollo de un egoismo mezquino.

Reconocida esta diferencia entre las dos doctrinas, diré que tampoco esta última me parece admisible. La bondad moral ha de ser conducente al fin; mas esto no constituye el carácter de la moralidad. El efecto : ¿ qué se entiende por fin? si se entiende el mismo Dios, acto moral será el acto que conduce á Dios; en cuyo caso permanece en pie la dificultad, pues que faltará saber, qué se entiende por *conducir*. Si es el acarrear la felicidad, que consiste en la unión con Dios, ¿ cómo se acarrea esta felicidad? Cumpliendo lo que Dios ha mandado. — Cierto; pero entonces preguntaremos : 1.º por qué el hacer lo que Dios ha mandado, conduce á la felicidad; 2.º por qué Dios ha mandado unas cosas, y ha prohibido otras;

lo cual equivale á plantear de nuevo la cuestión de la moralidad intrínseca.

215. Además, la idea de felicidad nos ofrece una cosa muy distinta de la de moralidad. Imaginando un ser que sacrifica toda su dicha por otros seres, tendremos la idea de un ser altamente moral, y sin embargo infeliz. Si la moralidad consistiese en la felicidad, la participación de la felicidad sería la participación de la moralidad; todo goce sería un acto moral, y solo podría ser inmoral por no ser bastante vivo ó bastante duradero. A medida que nos eleváramos á la idea de un goce mas duradero y vivo, nos formaríamos la idea de una moralidad mas alta; el goce mas exento de disgusto sería el acto de moralidad mas pura; y ¿ quién no ve que esto trastorna nuestras ideas morales, y repugna á nuestros sentimientos?

216. No basta decir que un ser moral alcanzará la felicidad; y que su felicidad será tanto mayor, cuanto mayor haya sido su moralidad; esto solo prueba que la felicidad es el premio de la virtud; pero no autoriza á confundir aquella con esta, el galardón con el mérito.

217. El confundir la moralidad con la dicha, es reducir la moral á una combinación de cálculo, es despojar la virtud de ese brillo purísimo que nos atrae y encanta, y que nos la hace parecer tanto mas bella, cuanto mas unida está con el sufrimiento. Si identificamos la felicidad con la moralidad, el desinterés será un cálculo de interés, un sacrificio de un interés menor á un interés mayor, una pérdida en lo presente, para ganar en el porvenir.

No, la moralidad de las acciones, no es un negocio de cálculo: el virtuoso alcanza premio; puede tambien desear este premio; mas para que el acto sea virtuoso, se necesita algo mas que la combinación para alcanzarle; es preciso que hallemos algo que

haga el acto meritorio del premio; y ni siquiera concebimos que pueda estarle reservado el premio á ningun acto, sino porque en si mismo es meritorio.

Cuando Dios ha preparado castigos para unos actos y premios para otros, ha debido hallar en ellos una diferencia intrínseca; y por esto les ha señalado destinos diferentes; pero segun el sistema que combatimos, los actos no serian buenos sino en cuanto conducentes al premio, y no habria ninguna razon porque condujesen á él los unos con preferencia á los otros. Esta razon se ha de encontrar en una diferencia intrínseca de los mismos; si no se quiere caer en el absurdo de que todas las acciones son indiferentes en si mismas, y que las malas podrian ser buenas, y las buenas malas.

218. El ser conducente al bien de la humanidad es otro carácter incompleto de la moralidad de las acciones. Desde luego salta á la vista, que esta moralidad seria solamente la humana; y por tanto no comprenderia la moralidad intrínseca, que consideramos comun á todos los seres inteligentes.

219. Además; ¿de qué bien se trata? en qué estado se considera la humanidad? ¿Se habla de una sociedad constituida en nacion, ó de la humanidad propiamente dicha; de una generacion ó de muchas; de su destino en la tierra ó en el porvenir de la otra vida? ¿Se habla de su *bienestar*, ó de su desarrollo y perfeccionamiento prescindiendo de su mayor ó menor bienestar? Si la moralidad de las acciones se ha de tomar de su *conducencia*, por decirlo así, al bien general de la humanidad, ¿en qué consiste este bien supremo? ¿Es el desarrollo de la inteligencia, es el de la fantasia ó del corazon; es el de las artes útiles que proporcionan goces materiales? No se puede entonces poner como término la perfeccion moral, pues que por el supuesto, la moralidad seria un medio; y las acciones serian

tanto mas morales, cuanto serian medios mas útiles para lograr el bien general.

220. Decir que la moralidad es únicamente objeto del sentimiento, y que no se puede señalar otro carácter de lo bueno, sino esa perfeccion misteriosa que sentimos en la virtud; es desterrar la moral como ciencia, cerrando completamente las puertas á toda investigacion. No niego que hay en nosotros un sentimiento moral; y que nuestro corazon abraza misteriosas simpatias por la virtud; pero creo que con este hecho, es muy compatible el estudio científico de los fundamentos del orden moral. Es necesario reconocer el carácter primitivo de algunos hechos de nuestro espíritu, y no empeñarse en querer explicarlo todo; pero conviene guardarse de la exageracion, que en esto será tanto mas peligrosa cuanto se cubrirá con el manto de la modestia.

## CAPÍTULO XX

### EXPLICACION FUNDAMENTAL DEL ORDEN MORAL.

221. En la moralidad ha de haber algo absoluto. No es posible concebir una cosa relativa sola, sin algo absoluto en que se funde. Además, toda relacion implica un término de referencia, y por consiguiente, aun cuando supongamos una serie de referencias, es necesario llegar al término último. Esto manifiesta por qué no satisfacen al entendimiento las explicaciones de la moralidad puramente relativas: la razon y hasta el sentimiento, buscan algo absoluto en que puedan fijarse.

A mas de este argumento puramente ontológico en favor de lo absoluto de la moralidad, hay otros mas

al alcance del comun de los hombres, y al menos concluyentes.

222. En el ser infinitamente perfecto concebimos santidad infinita, independientemente de la existencia de las criaturas; ¿y qué es la *santidad* infinita, sino la perfeccion *moral* en un grado infinito? Esta razon es decisiva para todo el mundo, excepto los ateos: quien admite la existencia de Dios debe admitir su santidad; lo contrario repugna á la razon, al corazon, al sentido comun. Luego existe algo moral absoluto; luego la moralidad en si misma, no puede explicarse por ninguna relacion de las criaturas á un fin; pues que la moralidad en un grado infinito, existiria, aun cuando no hubiese habido ni hubiese jamás, ninguna criatura.

223. Al concebir un ser inteligente criado, concebimos tambien la moralidad como una ley inflexible á que sus acciones deben sujetarse. Es de notar que esta moralidad la concebimos, aun suponiendo un ser inteligente enteramente solo: luego la moralidad no puede explicarse por la relacion de unas criaturas con otras. Fingid un hombre enteramente solo sobre la tierra; ¿podréis concebirle exento de toda moralidad? ¿Será igualmente bello en el órden moral el que trabaje para perfeccionar su entendimiento y desarrollar armónicamente todas sus facultades, ó el que se abandone á instintos groseros confundiendo con los brutos por su estupidez y envilecimiento? Imaginad que desaparece la tierra y todo el universo corpóreo, y todos los seres criados, excepto una sola inteligencia; ¿podeis concebir á esta criatura enteramente exenta de toda ley moral? En sus pensamientos, en sus actos de voluntad, ¿podeis figuraros que sea todo indiferente, y que la moralidad sea para ella una palabra sin sentido? Es imposible, si no queremos luchar abiertamente con nuestras ideas primitivas,

con nuestros sentimientos mas profundos, con el sentido comun de la humanidad. Hé aqui pues otro prueba de que hay en el órden moral algo absoluto una perfeccion intrinseca, independiente de las relaciones mutuas de las criaturas; una belleza propia, en ciertas acciones de la criatura inteligente y libre.

224. La imputabilidad de las acciones nos ofrece otro argumento en confirmacion de la misma verdad. La moralidad no se mide nunca por el resultado; los quilates de ella se aprecian por lo *inmanente*; esto es por los motivos que han impulsado á querer, por la mayor ó menor deliberacion que ha precedido al acto de la voluntad, por la mayor ó menor intensidad de este mismo acto. Si alguna vez se atiende á los resultados, todo el valor moral que á estos se atribuye nace de lo interior del alma: la prevision ó imprevision de ellos, ó la posibilidad ó imposibilidad de preverlos; el haberlos querido ó no; el háberse los propuesto como objeto principal ó secundario; el haberlos deseado con ahinco ó el haberlos arrostrado con dolor y repugnancia; estas y otras consideraciones semejantes se tienen presentes cuando se quieren apreciar y graduar el mérito ó demérito de una accion que ha tenido tales ó cuales resultados. De donde se infiere que estos no significan nada en el órden moral, sino en cuanto está expresado en ellos el acto de la voluntad.

225. Este carácter de *inmanencia*, esencial á los actos morales, destruye por su base todas las teorías que fundan la moralidad en combinaciones externas, sean las que fueren; y demuestra que el acto de un ser inteligente y libre es bueno ó malo en si mismo, prescindiendo absolutamente de todas sus consecuencias buenas ó malas, que de un modo ú otro no hayan estado contenidas en el acto interno. Un hombre, que por un acto cuyas consecuencias no previese ni pu-

diese prever, perjudicase gravemente á todo el linaje humano, seria inocente; y otro que con una intencion dañada, hiciese un gran beneficio á la humanidad entera, seria un perverso. Un hombre salva á su patria, por un sentimiento de vanidad, ó con un fin de ambicion ó de codicia: su accion salvadora, no es mirada como un acto virtuoso. Otro, con la intencion mas desinteresada y pura, con el mas ardiente anhelo de salvar á su patria, la compromete, por un error, la pierde; este desventurado no deja de ser un hombre virtuoso; la misma accion funesta en resultados, es considerada como un acto de virtud.

226. ¿ En qué consiste pues la moralidad absoluta? ¿ dónde se halla el manantial oculto del cual fluye ese raudal de belleza que todos sentimos, que lo inunda todo, hermoseándolo todo; ese raudal con cuya falta se marchitaria el mundo de las inteligencias?

Me parece que en este punto, como en muchos otros, la ciencia no ha notado bastante la admirable profundidad de la Religion cristiana; esta lo ha dicho todo con una palabra tan tierna, como llena de sentido: *Amor*.

Permitaseme llamar muy particularmente la atencion de los lectores sobre la teoria que voy á desenvolver. Despues de tantas dificultades como hemos amontonado hasta aquí, sobre el fundamento del órden moral, necesario es que procuremos adquirir alguna luz sobre un objeto tan importante. Esta luz nos confirmará mas y mas una verdad que la ciencia nos pone de manifiesto repetidas veces: cuando se llega á los principios de las ciencias, ó á sus últimos resultados, estad seguros de que las ideas cristianas no os serán inútiles, y que os comunicarán alguna leccion de trascendencia; en el edificio de los conocimientos humanos las hallaréis iluminando el cimiento y la cúpula.

No se imagine el lector, que en vez de una teoria científica, voy á ofrecerle un capitulo de mística: estoy seguro de que al concluir la lectura, se hallará convencido, de que aun bajo el aspecto puramente científico, hay en esta doctrina mucha mas exactitud y profundidad que en otras cuyos autores se guardan de emplear la palabra *Dios*, como si este nombre augusto manchase las páginas de la ciencia.

227. La moralidad absoluta es el amor de Dios; todas las ideas y sentimientos morales son aplicaciones y participaciones de este amor.

Hagamos la prueba llevando este principio fecundo á todas las regiones del mundo moral.

¿ Qué es la moralidad absoluta en Dios? ¿ cuál es el atributo del ser infinito que llamamos santidad? El amor de sí mismo, de su perfeccion infinita. En Dios no hay deber propiamente dicho, hay necesidad absoluta de ser santo; porque tiene necesidad absoluta de amar su perfeccion infinita. Asi la moralidad en su sentido mas absoluto, en su grado mas alto, esto es, la santidad infinita, es independiente de todo libre albedrío. Dios no puede dejar de ser santo.

228. Pero se preguntará ¿ por qué Dios se *ha de* amar á sí mismo? esta cuestion carece de sentido cuando se profundiza la materia sobre que versa; porque supone que se puede expresar exactamente en términos relativos lo que es enteramente absoluto. La proposicion: Dios se *ha de* amar á sí mismo, no es exacta; la rigurosa exactitud solo se halla en esta otra: Dios se ama á sí mismo; porque expresa de una manera absoluta, un hecho absoluto. Si ahora se pregunta ¿ por qué Dios se ama á sí mismo? responderemos que tanto valdria preguntar: por qué Dios se conoce á sí mismo; ó por qué entiende la verdad, ó por qué existe; en llegando á estas cuestiones nos encontramos en el origen primitivo, con cosas abso-

lutas, incondicionales; entonces, todo *porque es absurdo*.

229. Infírese de esta doctrina que no es exacto que la moralidad no pueda ser expresada en una proposición absoluta. Ella en sí misma, en su grado infinito, es una verdad absoluta; implica una identidad cuyo opuesto es contradictorio; por manera que considerada en su mayor altura, está no menos ligada con el principio de contradicción, que todas las verdades metafísicas y geométricas. Hé aquí su fórmula mas simple: El ser infinito se ama á sí mismo.

230. Continuemos desarrollando esta doctrina.

Dios, en las profundidades de su inteligencia, ve desde toda la eternidad una infinidad de criaturas posibles. Encerrando en sí propio el fundamento de la posibilidad de las mismas y de todas las relaciones que las pueden enlazar entre sí ó con su Criador, nada puede existir independiente de Dios; así, no es posible que ningún ser deje de ordenarse á Dios. El fin que Dios se ha propuesto en la creación, no puede ser otro que el mismo Dios; pues que antes de la creación nada existía sino él, y después de la creación todas cuantas perfecciones se hallan en las criaturas, las tiene Dios formal ó virtualmente en un grado infinito. Luego este orden de todas las criaturas á Dios como á último fin, es una condición inseparable de las mismas; condición vista por Dios desde toda la eternidad, en todos los mundos posibles. Todo lo que ha sido criado y todo lo que puede serlo, es la realización de una idea divina, de lo que está representado en el entendimiento infinito, y con las propiedades absolutas ó relativas que se hallen preexistentes en aquella representación. Así, todo cuanto existe y puede existir, debe hallarse sometido á la condición de ordenarse á Dios, sin lo cual su existencia sería imposible.

231. Entre las criaturas en que se realiza la representación preexistente en el entendimiento divino, las hay dotadas de voluntad; esta es la inclinación á lo conocido; y significa un principio de las determinaciones propias, mediante un acto de inteligencia. Si la criatura conociese intuitivamente á Dios, su acto de voluntad sería necesariamente moral, porque sería necesariamente un acto de amor de Dios. La rectitud de la voluntad criada sería entonces un incesante reflejo de la santidad infinita, ó del amor que Dios se tiene á sí propio. En tal caso, la perfección moral de la criatura tampoco sería libre; mas no dejaría por esto de ser perfección moral y en un grado eminente. Habría entonces una perpetua conformidad de la voluntad criada con la voluntad infinita; porque la criatura amando á Dios con una feliz necesidad, no querría, ni podría querer otra cosa que lo que quisiese el mismo Dios. La moralidad de la voluntad criada sería esta conformidad perenne con la voluntad divina; conformidad que no se distinguiría del acto moral y santo por esencia: el amor de la criatura al ser infinito.

Pero cuando el conocimiento de Dios no es intuitivo, cuando la idea que de él tiene la criatura es un concepto incompleto y que encierra varias nociones indeterminadas, el bien infinito en sí mismo, no es amado por necesidad, porque no es conocido como es en sí mismo. La voluntad tiene una inclinación al bien, pero al bien indeterminadamente; y por tanto no siente una inclinación necesaria hacia ningún objeto real. El bien se le ofrece bajo una idea general é indeterminada, con aplicaciones muy varias, y hacia ninguna de ellas se inclina con necesidad absoluta; de aquí dimana su libertad para salirse del orden visto por Dios, como conforme á sus soberanos designios: en lo cual la libertad lejos de ser una perfección, es

un defecto, que nace de la debilidad del conocimiento del ser que la posee.

232. La criatura racional conformándose en sus actos con la voluntad de Dios, realiza el orden que Dios quiere; amando este orden, ama lo que Dios ama. Si aunque realice este orden, la criatura en su libertad no ama el mismo orden, y procede por motivos independientes de él, su voluntad, ejecutando materialmente el acto, no ama lo que Dios ama; y hé aquí la línea divisoria de la moralidad y de la inmoralidad. La moralidad del acto propiamente dicha, consiste en la conformidad explicita ó implicita de la voluntad criada con la voluntad divina; y esa perfeccion misteriosa que descubrimos en los actos morales, esa hermosura que nos encanta y atrae, no es otra cosa que la conformidad con la voluntad divina; el carácter absoluto que encontramos en la moralidad, es el amor explicito ó implicito de Dios; y por consiguiente un reflejo de la santidad infinita, ó del amor con que Dios se ama á sí mismo.

Hagamos aplicaciones de esta doctrina, que se muestra tanto mas exacta cuanto mas se la hace descender al terreno de los hechos.

233. El amar á Dios es un acto bueno moralmente; el aborrecer á Dios es un acto malo moralmente, y de una fealdad la mas detestable. ¿Dónde está la moralidad del acto del amor de Dios? en el acto mismo, reflejo de la moralidad absoluta, ó de la santidad infinita, que consiste en el amor que Dios tiene á su perfeccion infinita; hé aquí una prueba palpable de la verdad de la teoria que estamos exponiendo. El amor de la criatura al Criador, ha sido siempre mirado como un acto esencialmente moral; como lo mas puro de la moralidad; en lo que se manifiesta que en el orden secundario y finito, este acto es la mas pura y fiel expresion de la moralidad absoluta.

234. Al preguntarse la razon de por qué debemos amar á Dios, se suelen recordar los beneficios que nos dispensa, el amor que nos tiene; y hasta se suele aducir el ejemplo del amor que debemos á nuestros amigos y bienhechores, y sobre todo á nuestros padres; estas razones son ciertamente muy buenas para hacer palpable en cierto modo la moralidad del acto, y conmover nuestro corazon; pero no satisfacen completamente en el terreno de la ciencia. Porque, si pudiesemos dudar de que debemos amar al ser infinito, autor de todas las cosas, claro es que dudaríamos tambien de que debiésemos amar á los padres, á los amigos y bienhechores. Luego el amor á estos se ha de fundar en algo mas elevado, si no queremos que al preguntárenos, por qué debemos amarlos, nos quedemos sin ninguna respuesta.

235. El querer perfeccionar el entendimiento es un acto moral en sí mismo. ¿De dónde nace la moralidad del acto? hélo aquí. Dios, al dotarnos de inteligencia ha querido evidentemente que usásemos de ella. El uso de la misma pues, entra en el orden conocido y querido por Dios; al querer esto queremos lo que Dios quiere; amamos este orden que Dios amaba desde toda la eternidad, como una realizacion de sus soberanos designios; por el contrario, si la criatura no perfecciona sus facultades intelectuales, y en uso de su libertad las deja sin ejercicio, se aparta del orden establecido por Dios; no quiere lo que Dios quiere, no ama lo que Dios ama.

236. Al perfeccionar estas facultades, puede el hombre hacerlo meramente para proporcionarse el goce que le produce la alabanza de sus semejantes; en este caso realiza el orden de la perfeccion del entendimiento, pero no lo realiza amando este orden en sí mismo, sino por amor de una cosa distinta que no entra en el orden querido por Dios; porque es

evidente que Dios no nos ha dotado de facultades intelectuales para el estéril objeto de alabarnos unos á otros. Hé aqui pues la diferencia que conocemos, que sentimos, entre dos acciones iguales, hechas con fines diferentes: la voluntad del uno perfecciona el entendimiento como una simple realizacion del orden divino: no acertamos tal vez á explicar lo que encontramos allí, pero de cierto sabemos que aquella voluntad es recta; el otro hace lo mismo, quiere lo mismo, pero deja mezclar un motivo ajeno á este orden; y el entendimiento y el corazon nos dicen: este acto con que se hace un *bien*, no es *bueno*; esto no es virtud, es miseria.

237. Hay una persona necesitada, que sin embargo, tiene muchas probabilidades de mejorar pronto de fortuna. Léntulo y Julio, le dan cada cual una limosna. Léntulo da su limosna, solo con el fin de que el socorrido cuando mejore de fortuna, se acuerde del bienhechor, y le favorezca si este lo necesita. La accion de Léntulo no tiene ningun valor moral: al juzgarla se ve una combinacion de cálculo, no un acto virtuoso. Julio da la limosna, solo por socorrer al infeliz que le inspira lastima, sin pensar en la retribucion con que el socorrido le pueda corresponder: la accion de Julio es bella moralmente, es virtuosa. ¿De dónde la diferencia? Léntulo hace el bien, aliviando al necesitado; pero no con el amor del orden intimo que hay en su acto; sino torciendo este orden hácia sí mismo. Dios, queriendo que los hombres necesitasen unos de otros, ha querido tambien que se socorrieran; el socorrer pues simplemente para aliviar al necesitado, es realizar simplemente el orden querido por Dios; el aliviar para un fin particular, es realizar este orden, no como se halla establecido por Dios, sino como le combina el hombre. Hay *complicacion* de miras: falta la *sencillez* de intencion; esa sencillez tan recomen-

dada por el cristianismo, y que aun en la region de a filosofia encierra un sentido tan profundo.

238. Atendiendo al orden puramente natural, se descubre, que todas las obligaciones morales, tienen en último resultado un objeto *útil*; así como todas las prohibiciones se dirigen á prevenir un *daño*; mas para la moralidad, no basta el querer la utilidad de ella, se necesita querer el orden mismo, de donde la utilidad resulta; siendo de notar que con cuanta mas reflexion, con cuanto mas amor se quiere este orden, sin mezcla de miras heterogéneas, tanto mas moral es el acto.

Socorrer al pobre, con la *simple* mira de aliviarle, con amor hácia el pobre, es un acto virtuoso; socorrerle con este amor, y con la reflexion *explicita* de que se cumple con un *deber* de humanidad, es todavia mas virtuoso; socorrerle con el pensamiento en Dios, viendo en el pobre á un hombre, imágen de Dios, y á quien Dios nos manda amar, es un acto todavia mas virtuoso; socorrerle, aun contra los impulsos del propio corazon, agriado quizás por un resentimiento, ó agitado por otras pasiones, y dominarse á sí mismo con una voluntad firme por amor de Dios; es ya un acto de virtud heróica. Nótese bien: la perfeccion moral del acto se aumenta á proporcion de que se quiere la cosa en sí misma con mas reflexion y amor; y llega al mas alto punto cuando en la cosa amada, se ama al mismo Dios. Si las miras son egoistas, el orden se pervierte, y la moralidad se disipa; cuando no hay miras de egoismo, y se obra principalmente á impulsos del sentimiento, la accion ya es bella, pero su carácter es mas bien de sensibilidad que de moralidad; mas cuando, con el corazon desgarrado por el dolor del sacrificio, la voluntad, precedida por la reflexion, manda este sacrificio, y se cumple el *deber*, porque es un deber; ó quizá se hace un acto *no obli-*

gatorio, por el amor á su bondad moral, y porque el acto es agradable á Dios, vemos en la accion, algo tan bello, tan amable, tan digno de alabanza, que nos quedaríamos desconcertados si se nos preguntase entonces la razon del sentimiento respetuoso que experimentamos hácia la persona que por tan nobles motivos se sacrifica por sus semejantes.

Con arreglo á estos principios, podemos fijar clara y exactamente las ideas morales.

239. La moralidad absoluta, y por consiguiente el origen y tipo de todo el órden moral, es el acto con que el ser infinito ama su perfeccion infinita. Este es un hecho absoluto, del cual no podemos señalar ninguna razon *à priori*.

En Dios no hay deber *propriamente* dicho; hay necesidad absoluta de ser santo.

240. El acto esencialmente moral en toda criatura es el amar á Dios. Es imposible fundar la moralidad de este acto en la moralidad de otro acto.

241. Los actos de la criatura son morales, en cuanto participan explicita ó implicitamente de este amor.

242. Cuando la criatura ve intuitivamente á Dios, le ama necesariamente; y así todos sus actos, llevando este augusto sello, son necesariamente morales.

243. Cuando la criatura no ve intuitivamente á Dios, ama necesariamente el bien en comun, ó sea bajo una idea indeterminada: pero no ama necesariamente ningun objeto en particular.

244. En este amor hácia el bien en comun; sus actos libres son morales, cuando su voluntad quiere el órden que Dios ha querido, sin mezclar combinaciones ajenas ó contrarias á este órden.

245. Para ser moral un acto, no es necesario que el que lo hace piense explicitamente en Dios, ni que su voluntad le ame explicitamente.

246. El acto será tanto mas moral, cuanto vaya acompañado de mas reflexion sobre su moralidad, y sobre su conformidad con la voluntad de Dios.

247. El sentimiento moral es un sentimiento que se nos ha dado para percibir la belleza del órden querido por Dios: es, por decirlo así, un *instinto* de amor de Dios.

248. Como este sentimiento es innato, indeleble, é independiente de la reflexion, lo experimentan hasta los ateos.

249. La idea de obligacion moral ó deber resulta de dos ideas: órden querido por Dios; libertad física de apartarse de este órden. Dios, otorgándonos la vida, ha querido que procurásemos conservarla; pero el hombre es libre, y á veces se suicida. El que conserva su vida cumple con un deber; el que se mata, le infringe. Así en la idea del deber, entra la de libertad física, que no puede ejercerse en cierto sentido, sin salir del órden querido por Dios.

250. La pena es una sancion del órden moral; sirve para suplir la necesidad imposible para los seres libres. Las criaturas que obran sin conocimiento, cumplen su destino por necesidad absoluta; los seres libres cumplen su destino, no por necesidad absoluta, sino por la especie de necesidad producida por la vista de un resultado doloroso.

251. Aqui se palpa la diferencia entre el mal físico y el mal moral, aun en el mismo ser libre: el físico es el dolor; el moral es el desviarse del órden querido por Dios.

252. Ilícito es lo contrario á un deber.

253. Lícito es todo lo que no se opone á ningun deber.

254. Ley eterna es el órden de los seres inteligentes querido por Dios, con arreglo á su santidad infinita.

255. Acciones intrinsecamente morales son las que forman parte del orden que Dios (supuesta la voluntad de criar tales ó cuales seres) ha querido por necesidad, en fuerza del amor de su perfeccion infinita. Semejantes acciones están mandadas porque son buenas.

256. Las acciones que son buenas porque están mandadas, son las que forman parte del orden querido por Dios libremente, y del cual ha dado conocimiento á sus criaturas.

257. El mandato de Dios es su voluntad comunicada á la criatura. Si esta voluntad es necesaria, el precepto es natural; si esta voluntad es libre, es positivo.

258. Atendiendo á lo puramente natural, el orden querido por Dios, es el que conduce á la conservacion y perfeccion de los seres criados. Las acciones serán morales cuando se conformen con este orden.

259. La perfeccion natural de los seres consiste en el uso de sus facultades acomodado al fin á que su misma naturaleza los muestra destinados.

260. La naturaleza ha encargado á cada individuo el cuidado de su propia conservacion y perfeccion.

261. La imposibilidad natural de que el hombre viva solo, indica que la conservacion y perfeccion de los individuos, se ha de conseguir en sociedad.

262. La primera sociedad es la de familia.

263. Los padres deben alimentar y educar á sus hijos; porque sin esto no puede conservarse el linaje humano.

264. Los deberes conyugales nacen del orden necesario para la conservacion y perfeccion de la sociedad de familia, indispensable para la conservacion del humano linaje.

265. Cuanto mas necesario es el enlace de un acto con la conservacion y perfeccion de la familia, mas

necesaria es su moralidad, y por consiguiente menos sujeta á modificaciones.

266. La inmoralidad de los actos contrarios al pudor, y muy especialmente los contrarios á la naturaleza, se funda en grandes razones de un orden indispensable para la conservacion del individuo y de la especie.

267. Las pasiones, por lo mismo que son ciegas, es evidente que nos han sido dadas como medios, no como fines.

268. Luego cuando la satisfaccion de las pasiones se toma no como un medio, sino como un fin, el acto es inmoral. Un ejemplo sencillo aclarará esta idea. El placer de la comida tiene un objeto muy útil para la conservacion del individuo; así el comer *con* placer, no es nada malo, sino bueno; pero el comer *por* el placer de la comida, es invertir el orden: el acto no es bueno. La misma accion que en el primer caso es muy racional, en el segundo es un acto de *glotoneria*. Así lo juzga el sentido comun sin necesidad de análisis.

269. Viviendo el hombre solo, el uso de su libertad física no perjudicaria jamás sino á sí mismo; el límite moral de su libertad sería el de satisfacer sus necesidades y deseos, con arreglo al dictámen de la razon. Pero viviendo los hombres en sociedad, el ejercicio de la libertad física del uno tropieza por necesidad con el del otro; para impedir el desorden es necesario restringir un poco la libertad física de cada uno, y someterlos á todos á un orden conforme á razon, y conducente al bien general: hé aquí la necesidad de una legislacion civil. Esta no puede establecerse, ni conservarse, por sí sola: hé aquí la necesidad de un poder público. El objeto de la sociedad, es el bien general, con sujecion á los principios de la moral eterna; este mismo es el objeto del poder público.

270. Con la teoría que precede, se explica satisfactoriamente el doble carácter que presenta el orden moral: lo absoluto y lo relativo. La razón, el sentido común, el corazón, nos obligan á reconocer en el orden moral algo absoluto, independiente de la consideración de la utilidad: esto se explica, elevándose á un acto absoluto, de perfección absoluta; y mirando la moralidad de las criaturas, como una participación de aquel acto. La razón y la experiencia nos enseñan que la moralidad de las acciones tiene resultados *útiles*; esto se explica, observando, que en aquel acto absoluto, está comprendido el amor del orden que había de reinar entre los seres criados, para cumplir sus destinos. Este orden pues era á un tiempo *querido* por Dios, y *conducente* al fin especial de cada criatura: será pues á un mismo tiempo *moral y útil*.

271. Pero los dos caracteres se conservan siempre esencialmente distintos: el primero lo *sentimos*; el segundo lo *calculamos*. Cuando nos falta el primero, somos *malos*; cuando el segundo, somos *desgraciados*. El resultado doloroso, es *pena*, si nuestra voluntad ha infringido á sabiendas el orden; cuando no, es simplemente *desdicha*.

272. Permítaseme lisonjearme con la idea de que esta teoría es algo mas satisfactoria, que las que han excogitado algunos filósofos modernos, para explicar la naturaleza absoluta de la moralidad. He necesitado de la idea de Dios, es cierto; porque no concibo orden moral, en quitando á Dios del mundo. Sin la idea de Dios, la moralidad no puede ser otra cosa que un sentimiento ciego, tan absurdo en su objeto, como en sí mismo; la filosofía que no lo funde en Dios, no podrá llegar jamás á una explicación científica: deberá limitarse á consignar el hecho como una necesidad, cuyo carácter y origen se ignoran del todo.

273. Añadiré una observación que compendia toda mi teoría, y que pone de manifiesto lo que la diferencia de las otras, que reconocen en Dios el fundamento del orden moral, y el amor de Dios, por el primero de los deberes. Los sistemas á que me refiero suponen la idea de moralidad distinta de la del amor de Dios, pero yo digo que la *esencia* de la moralidad es el mismo amor de Dios. Así afirmo que la santidad infinita es *esencialmente* el amor con que Dios se ama á sí mismo; que el acto primitivo y esencialmente moral de la criatura es el amor á Dios; que la moralidad de todas sus acciones, consiste en conformarse explícita ó implícitamente con la voluntad de Dios; lo que equivale á un amor explícito ó implícito de Dios.

Uno de los resultados mas notables de esta teoría que pone la esencia de la moralidad en el amor de Dios ó del bien infinito, es el que hace desaparecer la diferencia entre la forma de las proposiciones metafísicas y las morales, manifestando como el *se debe* y *se ha*, que se encuentra en estas, se reduce al *es absoluto* de aquellas (V. 210, 211, 212 y 213). Hé aquí la aplicación de este importante resultado.

La proposición: El amar á Dios *es* bueno moralmente; es una proposición absoluta é idéntica, porque la bondad moral no es otra cosa que el amor de Dios.

La proposición: El amar al prójimo es bueno; se reduce á la primera, porque amar al prójimo es un cierto modo de amar á Dios.

La proposición: El socorrer al prójimo es bueno; se reduce á la anterior, porque socorrer es amar.

La proposición: El hombre *debe* conservar su vida, se explica por esta otra absoluta: la conservación de la vida del hombre *es* querida por Dios. Así la palabra *debe* significa la necesidad de que el hombre con-

serve su vida, si no quiere oponerse al orden querido por Dios.

Estos ejemplos bastan para que se vea con cuánta facilidad pueden reducirse á una forma absoluta, las proposiciones morales. Esto, no alcanzo de qué manera se podrá conseguir, si en vez de decirse: el amor de Dios es la misma moralidad; se dijese: el amor de Dios es un acto moral, distinguiendo entre el amor y la moralidad.

274. Sea cual fuere el juicio que se forme de esta explicacion, no puede negarse que con ella se reconoce una sabiduría profunda, aun ateniéndonos al solo orden natural y filosófico, en aquella admirable doctrina del Divino Maestro, en que llama al amor de Dios el mayor y el primero de los mandamientos; y en que, cuando quiere señalar el carácter del bien moral, recuerda, muy especialmente, el cumplimiento de la voluntad divina.

275. Puesta la esencia de la moralidad en el amor, lo moral debe parecernos bello, porque nada mas bello que el amor; debe ser agradable al alma, porque nada mas grato que el amor. Entonces se comprende tambien por qué las ideas de desinterés, de sacrificio, se nos presentan tan bellas en el orden moral, y nos hacen rechazar instintivamente la teoria del interés propio: nada mas desinteresado que el amor; nada mas capaz de grandes sacrificios que el amor.

276. Así el egoismo queda desterrado del orden moral: Dios se ama á sí mismo, porque es infinitamente perfecto; fuera de sí no encuentra nada que amar, que él no haya criado. El amor que tiene á las criaturas es completamente desinteresado, porque nada puede recibir de las mismas. La criatura se ama á sí propia y ama tambien á las demás; pero este amor no es de un egoismo estrecho, sino que ama

en sí misma, y en sus semejantes, el reflejo del bien infinito. Desea unirse con el bien supremo, y en esto pone su última felicidad; pero este deseo lo enlaza con el amor del bien supremo en sí mismo, y no le ama precisamente porque de ello deba resultar su propia felicidad.

---

## CAPÍTULO XXI

### OJEADA SOBRE LA OBRA.

277. Llego al término de mi trabajo; y así conviene echar una ojeada sobre el largo camino que acabo de recorrer.

Me habia propuesto examinar las ideas fundamentales de nuestro espíritu, ya considerado en sí mismo, ya en sus relaciones con el mundo.

278. Con relacion á los objetos, hemos encontrado en nuestro espíritu dos hechos primitivos: la intuicion de la extension; la idea del ente. En la intuicion de la extension se funda toda la sensibilidad objetiva; en la idea del ente se funda todo el orden intelectual puro en lo tocante á las ideas indeterminadas. De la idea del ente hemos visto salir las de identidad, distincion, unidad, número, duracion, tiempo, simplicidad, composicion, finito, infinito, necesario, contingente, mutable, inmutable, substancia, accidente, causa, efecto.

279. En el orden subjetivo hallamos como hechos de conciencia, la sensibilidad, ó el ser sensitivo (incluyendo en esto no solo la sensacion, sino tambien el sentimiento), la inteligencia y la voluntad; lo que nos da ideas intuitivas de modos de ser determinados, y distintos del de los seres extensos.